# José Antonio Primo de Rivera: mi fascista favorito

Posted on 17 de abril de 2015 by Rafael Narbona

José Antonio Primo de Rivera encarna todas virtudes del héroe fascista: juventud, coraje, vitalismo, poder de seducción, una indudable aureola romántica. Su aspecto de galán de cine clásico y su temprana muerte ante un pelotón de fusilamiento completan un retrato que suscitó un prolongado culto a su personalidad en la España franquista. Stanley G. Payne ha reconocido que José Antonio es su «fascista favorito». Aunque fue un mediocre parlamentario, según el testimonio de su íntimo amigo Ramón Serrano Súñer, su prosa es elegante, limpia y precisa. Su testamento es una apreciable pieza literaria, que manifiesta entereza y dignidad: «Condenado ayer a muerte, pido a Dios que si todavía no me exime de llegar a ese trance, me conserve hasta el fin la decorosa conformidad con que lo preveo y, al juzgar mi alma, no le aplique la medida de mis merecimientos, sino la de su infinita misericordia. […] Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia. Creo que nada más me importa decir respecto a mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta». Ni Mola ni Franco ni Queipo de Llano habrían logrado hilvanar unas líneas semejantes. José Antonio no es Unamuno ni Ortega y Gasset, pero su estilo merece un discreto hueco en la historia del ensayismo español de inspiración tradicionalista. Rosa Chacel, defensora de la España republicana y exiliada antifranquista, leyó tardíamente los artículos y discursos de José Antonio. Sin miedo a transgredir la coacción de lo políticamente correcto, realizó un juicio favorable, que provocó estupor: «Es cierto que su simpatía por los fascismos europeos, tan macabros, le salpicó con el cieno en que ellos se enfangaron, pero leyéndole con honradez, se encuentra el fondo básico de su pensamiento, que es enteramente otra cosa. Fenómeno español por los cuatro costados».

Nada de eso debe borrar su destructivo papel en la caída de la Segunda República. José Antonio conspiró contra la democracia desde el primer momento, invocando la intervención de los militares para imponer un gobierno autoritario que liquidara las libertades constitucionales. En «Carta a un militar español», escribe: «[…] el Ejército no puede servir a lo permanente más que de una manera: recobrándolo con sus propias armas. Y así ha ocurrido desde que el mundo es mundo; como dice Spengler, un pelotón de soldados siempre ha sido a última hora el que ha salvado la civilización» (Madrid, noviembre de 1934). José

Antonio no se sintió desengañado con la nueva forma del Estado. Simplemente, puso todo su empeño en que una nueva dictadura, semejante a la de su padre, suprimiera el sufragio universal y el pluralismo político. Antes de fundar Falange Española, perteneció a la Unión Monárquica Tradicional, una organización católica y nacionalista cuyo lema era: «España Una, Grande e Indivisible». Su sentido del patriotismo incluía una profunda enemistad hacia el sistema democrático. El 3 de agosto de 1930 proclama en Barcelona: «¡Sálvese España, aunque perezcan todos los principios constitucionales!» Dos meses más tarde, lanza una advertencia apocalíptica: «No hay más que dos caminos en estos momentos trascendentales: o la revolución o la contrarrevolución. O nuestro orden tradicional o el triunfo de Moscú…». En esas fechas, el Partido Comunista de España es una organización marginal y el anarquismo aún no se ha recuperado de la feroz represión organizada por la dictadura de Primo de Rivera. José Antonio odia la idea del contrato social formulada por Rousseau. El orden político debe ser el reflejo del orden establecido por Dios y la Tradición. Ese conservadurismo se renovará con los principios de la ideología fascista.

Los pioneros del fascismo en España fueron Ernesto Giménez Caballero y Ramiro Ledesma Ramos, pero ambos carecían de las características necesarias para convertirse en líderes del movimiento. Un grupo de prósperos empresarios bilbaínos reunió fondos para crear un partido fascista español, cuyo objetivo principal sería combatir a la izquierda en todos sus frentes, preparando un golpe de Estado. De inmediato, pensaron que José Antonio debía ser la cabeza visible de esa iniciativa. El joven abogado, que se había retirado de la política después de la caída de la monarquía, aceptó la propuesta y escribió un artículo para el primer y único número del periódico *El Fascio*, que tituló «Orientaciones: Hacia un Estado nuevo». La dictadura de Primo de Rivera había imitado al fascismo italiano en lo superficial, pero en el fondo sólo fue un régimen autoritario, que aplicó políticas represivas con anarquistas y separatistas para garantizar el orden público y los intereses de la patronal y los terratenientes. José Antonio no se contentaba con repetir la fórmula de su padre, pues advirtió en el fascismo una ideología renovadora, que reivindicaba simultáneamente la civilización romana, la tradición católica y el avance industrial y tecnológico. Juan Ignacio Luca de Tena, director de *ABC*, escribió un editorial, señalando que el periódico *El Fascio* intentaba introducir en España el fascismo, cuya nota dominante era la violencia. José Antonio contestó que «el fascismo no es una táctica: la violencia. Es una idea: la unidad». Más exactamente, es «una fe» orientada a establecer el «Estado de los trabajadores». Por supuesto, no se refiere a la «dictadura del proletariado», sino a un Estado corporativo, con representación orgánica. Los trabajadores no son una clase, sino el cuerpo social de la nación.

El 29 de octubre de 1933 se funda Falange Española en el Teatro de la Comedia de Madrid y

José Antonio interviene como orador principal, manifestando que Falange no es un partido, sino «un movimiento» y no es «ni de izquierdas ni de derechas». No oculta su vocación revolucionaria, asociada a un sentido poético de la existencia individual y colectiva: «A los pueblos no los han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete! […] Nuestro sitio está al aire libre, bajo la noche clara, arma al brazo, y en lo alto, las estrellas». El espíritu revolucionario alcanza su cenit cuando José Antonio formula su célebre apología de la violencia: «¿Quién ha dicho […] que la suprema jerarquía de los valores morales reside en la amabilidad? ¿Quién ha dicho que cuando insultan nuestros sentimientos, antes que reaccionar como hombres, estamos obligados a ser amables? Bien está, sí, la dialéctica como primer instrumento de comunicación. Pero no hay más dialéctica admisible que la dialéctica de los puños y las pistolas cuando se ofende a la Justicia o a la Patria». Con esa perspectiva, Falange sólo podía aliarse con los monárquicos alfonsinos, que aceptaron financiar el nuevo movimiento con pequeñas cantidades. A finales del verano de 1933, Falange Española firma un acuerdo de diez puntos con Pedro Sainz Rodríguez, que representaba a *Renovación Española*. El documento abogaba por «un sistema de autoridad, jerarquía y orden» de carácter corporativo y plenamente identificado con la doctrina de la Iglesia católica. El sistema de partidos políticos desaparecería por cualquier medio: «la violencia es lícita al servicio de la razón y la justicia».

Los monárquicos también pactaron con las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS), fundadas en 1931 por Ramiro Ledesma Ramos y Onésimo Redondo. Aunque las relaciones con Falange nunca fueron cordiales, ambas fuerzas acabarían unificándose para impulsar «la voluntad exasperada de crear un Estado viril, armonioso, totalitario», un ideal irrealizable sin «la violencia necesaria, humanitaria, cruda y caballeresca que toda violencia quirúrgica requiere». En las elecciones de noviembre de 1933, José Antonio consiguió un escaño por Cádiz, participando en una coalición conservadora monárquica. Por otro lado, Falange funda el Sindicato Español Universitario (SEU), aprovechando que un notable porcentaje de sus escasos afiliados son estudiantes universitarios. La violencia no tarda en aparecer, pero no será humanitaria ni caballeresca. José Antonio era pendenciero y arrogante. Cuando estudiaba Derecho se veía envuelto en pequeñas escaramuzas contra sus compañeros de ideología izquierdista, repartiendo puñetazos y bofetadas. Más grave fue el incidente con Queipo de Llano en el madrileño café Lyon d'Or. Queipo era un declarado enemigo de la dictadura y no escatimaba sus juicios despectivos hacia el general Primo de Rivera. José Antonio se vengó, golpeándolo a traición con una llave inglesa. Queipo cayó al suelo con la frente ensangrentada, pero se repuso y devolvió la afrenta, con un formidable puñetazo, que derribó a su agresor. José Antonio salió mejor parado cuando golpeó en las Cortes a José María Álvarez Mendizábal, diputado radical por Cuenca: «Deme Su Señoría las gracias porque

por una vez, y aunque haya sido rodando, le he hecho llegar hasta el banco azul». Pelearse no le causaba ningún problema, sobre todo si habían ofendido la memoria de su padre, pero cuando se produjeron las primeras bajas en Falange, se quedó bloqueado, tal vez porque la distancia entre los puños y las pistolas es insignificante en un mitin, pero enorme en el mundo real.

El 7 de diciembre de 1933 muere asesinado un joven que acaba de comprar el primer número de *F. E.*, el periódico de Falange. Se lo considera el primer mártir de la causa. José Antonio escribe un artículo, señalando que «la muerte es un acto de servicio» y aclara que no es partidario de iniciar «una serie inacabable de golpes y contragolpes». En el ámbito privado, comenta que su referencia a «la dialéctica de los puños y las pistolas» era un recurso literario, poético, no una declaración de intenciones. Su reacción refleja una desconcertante irresponsabilidad, pues sus baladronadas verbales habían contribuido a desencadenar la violencia que ahora le horrorizaba. El 9 de febrero de 1934, dos militantes de las Juventudes Socialistas matan a tiros en la calle Mendizábal a Matías Montero, joven estudiante de medicina y uno de los fundadores del SEU. Es la quinta baja de Falange. En el momento del crimen, José Antonio asistía a una fiesta aristocrática. Cuando le comunican la noticia, promete solemnemente distanciarse de la vida frívola, lo cual cumplió con disciplina castrense. Durante el sepelio, altamente emotivo, reitera su resistencia a enredarse en una espiral de violencia: «Aquí tenemos, ya en tierra, a uno de nuestros mejores camaradas. Nos da la lección magnífica de su silencio. Otros, cómodamente, nos aconsejarán desde sus casas ser más animosos, más combativos, más duros en las represalias. Es muy fácil aconsejar. Pero Matías Montero no aconsejó ni habló: se limitó a salir a la calle a cumplir con su deber». Su deber había consistido en vender ejemplares de *F. E.* en la calle.

La pasividad de Falange Española ante los atentados suscita bromas y comentarios desdeñosos. Algunos dicen que sus iniciales significan en realidad «Funeraria Española». Wenceslao Fernández Flórez ironiza sobre un fascismo que parece «franciscanismo». En el *ABC*, Álvaro Alcalá Galiano escribe: «Un fascismo así no es más que literatura. […] Un fascismo teórico, sin la violencia como medio táctico, será lo que quiera, pero no es fascismo». José Antonio responde de inmediato: «Falange Española no se parece en nada a una organización de delincuentes, ni pienso copiar los métodos de tales organizaciones, por muchos estímulos oficiosos que reciba». Otros dirigentes falangistas no tienen ningún problema en recurrir a la violencia. El teniente coronel retirado Luis Arredondo, el aviador laureado Juan Antonio Ansaldo y Julio Ruiz de Alda, compañero de Ramón Franco a bordo del legendario hidroavión *Plus Ultra*, crearan la «Falange de la Sangre» para llevar a cabo represalias y desestabilizar la República mediante atentados terroristas. Mientras tanto, José Antonio escribe su «Carta a un estudiante que se queja de que F. E. no es duro» (19 de abril

de 1934), una breve pieza que explica una vez más el estilo «poético» del movimiento. «Si F. E. sigue en ese tono literario e intelectual –protesta el joven falangista en un carta enviada al partido– no valdrá la pena arriesgar la vida por venderlo». José Antonio le contesta que el objetivo del periódico no es desplegar una retórica agresiva, sino ayudar a construir una España «rítmica y clara, tersa y tendida hacia el afán de lo peligroso y lo difícil». Y cita el ejemplo de Matías Montero, que el día de su asesinato llevaba unos papeles donde «se hablaba de una España clara y mejor, exactamente en nuestro mismo estilo». José Antonio no rehúye la violencia por cobardía, sino porque la perspectiva de matar le crea problemas de conciencia. Cuando arrojan dos bombas caseras y unas ráfagas al coche con que circula por el centro de Madrid, se baja del automóvil pistola en mano y persigue a los atacantes, intercambiando disparos. Stanley G. Payne describe su temperamento desafiante, heredado de su padre: «A menudo andaba por Madrid sin escolta y solía dejar abierta la ventana de su nuevo bufete en la planta baja de un edificio, casi como una invitación a que lo atacaran, lo cual no le impedía guardar un revólver cargado en el escritorio». Esa actitud beligerante no representó un obstáculo para abrazar en una ocasión a un joven izquierdista, evitando que sus muchachos lo lincharan en plena calle.

El 10 de junio de 1934 se produce el primer atentado de la «Falange de la Sangre». En un altercado entre socialistas y falangistas en la Casa de Campo, pierde la vida un joven falangista de dieciocho años. Sin autorización de José Antonio, Ansaldo organiza una escuadra y disparan contra un autobús de las Juventudes Socialistas, matando a Juanita Rico, una dependienta de veinte años. Su hermano, de veintiuno, queda gravemente malherido. Falange ha comenzado su escalada de crímenes, pero José Antonio no aprueba la sed de venganza de sus camaradas, que planean –entre otras cosas– asesinar a Indalecio Prieto y volar una Casa del Pueblo con una bomba de cincuenta kilos. Aborta ambos planes con órdenes tajantes. Parece una reacción incongruente en un hombre aficionado a repetir que «la vida es milicia». Heleno Saña, filósofo anarquista, asegura que «lo que quería José Antonio era convencer… En sus raíces era un seductor, no un dictador». Según Ernesto Giménez Caballero –una fuente de dudosa credibilidad–, José Antonio se mostró muy afectado después de una reunión en la que se discutió sobre la necesidad de adoptar represalias: «Yo no he nacido para esto, yo he nacido para matemático del siglo XVII».

Entre 1934 y 1936, José Antonio será jefe nacional de Falange Española de las JONS. Ramiro Ledesma lo contempla con antipatía, pues lo considera un hombre de mundo, con escasas dotes para la acción directa. Se ha dicho que las escasas intervenciones parlamentarias de José Antonio resultaban tediosas, pues elaboraba sus discursos con la misma meticulosidad que le había caracterizado como abogado. Es cierto, en cambio, que su cultura era superior a la de la mayoría de los políticos, con excepción de figuras como Azaña, a quien admiraba,

aunque sin dejar de criticarlo. Reivindicaba como maestros a Unamuno y a Ortega y Gasset. Se identificaba con las tesis de *España invertebrada* (1922) y *La rebelión de las masas* (1930). Pensaba que «no hace falta congregar masas, sino minorías selectas. No muchos sino pocos, pero convencidos y ardientes, que así se ha hecho el mundo». Ramiro de Maeztu dijo que José Antonio se parecía más a un líder laborista que a un dictador fascista: «Véaselo con su culto por lo racional y abstracto, con su afición a los estilos escépticos y suaves, con su tendencia a adoptar las formas más tímidas de patriotismo, con su afán de renuncia a cuanto suponga apelación emocional o impulso exclusivo de la voluntad… Todo esto, con su temperamento cortés y su vocación de jurista, le conducía directamente a formas políticas de tipo liberal y parlamentario». Unamuno opina algo parecido: «Es un muchacho que se ha metido en un papel que no le corresponde. Es demasiado refinado, demasiado señorito y, en el fondo, demasiado tímido para que pueda ser un jefe y mucho menos un dictador». Henry Buckley, corresponsal en Madrid de la agencia Reuters, corrobora esa impresión: «Alto, treintañero, de voz suave, cortés, José Antonio era una de las personas más amables de Madrid. Parecía demasiado irreal en su papel de dirigente fascista».

Joaquín Calvo Sotelo solicitó afiliarse a Falange, pero José Antonio se opuso, acusándolo de derechista y reaccionario. Ansaldo y Arredondo se enfurecieron, pues opinaban que Calvo Sotelo no pondría reparos de ninguna clase a las acciones violentas. Planearon arrebatar la jefatura a José Antonio a punta de pistola, pero éste se adelantó y les expulsó del partido, después de convocarlos en su despacho y recriminarles su deslealtad. En noviembre de 1934, se presenta el programa de Falange, con sus veintisiete puntos. Se afirma que «España es una unidad de destino en lo universal», que «el hombre es portador de valores eternos», se exalta la vocación de imperio, se pide la nacionalización de la banca y los servicios públicos, y la redistribución de la tierra cultivable, «redimiendo de la miseria» a las masas que «hoy se extenúan en arañar suelos estériles». Se liga «el sentido católico» a la «reconstrucción nacional», pero se descarta el Estado confesional. El programa no satisface a los fascistas revolucionarios –como Ledesma Ramos, que repudia el catolicismo y el clericalismo–, y, menos aún, a los monárquicos, alarmados por su contenido social. Sin embargo, José Antonio sigue recibiendo dinero de Mussolini y los alfonsinos. En enero de 1935, Ledesma Ramos y Onésimo Redondo abandonan Falange. Ledesma era un verdadero intelectual. Autor de varias novelas y colaborador de *Revista de Occidente* y *La Gaceta Literaria*, su conocimiento de la literatura y la filosofía superaba ampliamente el bagaje cultural de José Antonio, pero carecía de su apostura, se mostraba torpe en las relaciones sociales, era bajito y tenía un defecto de pronunciación, que lo convertía en un risible orador. A pesar de esos escollos, su visión política era genuinamente fascista, sin ninguna clase de concesión al adversario. Nunca habría escrito: «Los anti-algo, sea lo que sea este algo, se me presentan imbuidos de reminiscencias del señoritismo español que se opone, irreflexiva pero

activamente, a lo que no comparte. No soy antimarxista, ni siquiera anticomunista, ni anti… nada. Los "anti" están desterrados de mi léxico como si fueran tapones para las ideas». Estas palabras de José Antonio expresan un talante conciliador incompatible con el dogma fascista. Del mismo modo, su concepto del patriotismo está muy alejado del nacionalismo basado en la raza, la sangre y el suelo: «Nosotros no somos nacionalistas porque el nacionalismo es el individualismo de los pueblos». Es cierto que justifica el colonialismo y la guerra, pero en esa época todas las naciones europeas contemplan con menosprecio a los pueblos nativos. José Antonio afirma que «la guerra es un elemento de progreso», repitiendo un lugar común empleado por Hegel y Marx para explicar el cambio histórico.

La España de Franco no plasmó el ideario nacionalsindicalista, con todas sus paradojas, incongruencias y disparates, sino las viejas reivindicaciones de la derecha monárquica, que halló su máxima expresión en la revista *Acción Española*, dirigida por Ramiro de Maeztu. El legado de José Antonio no es fecundo, sino destructivo, pues nace del propósito de desmontar la Segunda República. Paul Preston lo considera responsable del atentado contra Luis Jiménez de Asúa, insigne penalista y vicepresidente de las Cortes. Jiménez de Asúa se libró de la muerte, pero no su escolta, el policía Jesús Gisbert. Manuel Pedregal, magistrado de la Audiencia de Madrid, condenó a veinticinco años de prisión al falangista Alberto Ortega por el asesinato de Gisbert y a seis a sus dos cómplices. La «Falange de la Sangre» respondió matando al juez la noche del 13 de abril de 1936. Preston reconoce –en cambio– que José Antonio detuvo el intento de asesinato de Largo Caballero y destaca su acercamiento a Indalecio Prieto, al que dedica un elogioso artículo en la revista falangista *Aquí estamos* (23 de mayo de 1936). Esos gestos conviven con su apoyo al general Mola, principal artífice del golpe de Estado, y su profunda aversión a la España roja y atea. No sabemos qué habría hecho José Antonio si hubiera recobrado la libertad y qué papel habría desempeñado en la posguerra. Dionisio Ridruejo cuenta que, al presenciar una manifestación de trabajadores que celebraban en Madrid la victoria del Frente Popular, comentó: «Con un par de buenos tiradores una manifestación como ésa se disuelve en diez minutos». Ridruejo explica la compleja psicología de José Antonio: «Tales reacciones eran una especie de test útil para los que niegan el carácter necesaria y visceralmente derechista o reaccionario del movimiento falangista que, "en frío", tomaba distancia del movimiento general contrarrevolucionario y hasta sentía repulsión por él, pero que "en caliente" se veía arrastrado a su onda de modo irremediable, aunque con la quimérica pretensión de encabezarlo y llevarlo por derroteros reformistas». José Antonio fracasó como líder fascista y como político derechista. Tal vez no le hubiera molestado reconocer su derrota, pues Ortega y Gasset ya había advertido que «naufragar no es ahogarse». No era fatalista, pero el martirio formaba parte de sus expectativas. No es posible rehabilitarlo como político, pero sería una estupidez no admitir que su pluma es un apreciable eco de la generación del 98 y el optimismo novecentista:

«Nosotros amamos a España porque no nos gusta. Los que aman su patria porque les gusta la aman con voluntad de contacto, la aman física, sensualmente. Nosotros la amamos con voluntad de perfección». Es difícil encontrar una síntesis más elocuente del espíritu noventayochista, con su exaltación de Castilla y los grandes místicos, y el afán reformista del intelectualismo novecentista, con su sentido elitista y vanguardista. Sin embargo, «la España alegre y faldicorta» soñada por José Antonio se convirtió en una dictadura sombría y con mujeres enlutadas. Paradójicamente, él contribuyó a crearla, malogrando así sus propias ensoñaciones.